

Transgresiones de la sensibilidad

Las manos que se había lavado



porque Rosarito era muy responsable y cuando le daban esas ventoleras de realismo no se contentaba mamá con dar órdenes sino que era la primera en arremangarse y ayudar, si era preciso, incluso a doña Loreto en la cocina pelando patatas y picando cebollas sin derramar más lágrimas que las imprescindibles y, todo, por hacerle más llevadero a



la pobrecilla — decía; creativa y le gustaba toques, aquí y allá, de — el hecho tan dejarse ver por todo el avinagrado que, no lo deprimía terriblemente y que se hacía a veces



porque Mariló era muy adornar a Rosarito con fortaleza y de ternura lamentable de tener que mundo con aquel gesto podía remediar, la hasta extremos tales incluso necesario parar

aunque fuese nada más unos minutos y se calmase para, justo cuando la cebolla estaba exactamente pochada y *bueno, pues ya veréis* — algún agorero — *como al remate se nos va a dorar* “porque vamos a ver — quejarse en un aparte siempre que no estuviéramos con los preparativos de alguna celebración con muchos invitados y las habitaciones abarrotadas de primas peleándose por esta pamea o tal o cual estola — si hay una buena razón para que me haya ido a tocar a mí, precisamente, tener que arrastrar recuerdos tan tristísimos como los que me tienen amargada de la vida”.

Si había la tal razón, que alguien fuera a buscarla, y se la trajese. Ella, Loreto, la aceptaría de mil amores — aseguraba — y la guardaría con mucho cuidado entre la lencería, la más fina, para que no se le estropeará... o, casi mejor aún, la llevaría siempre consigo a todas partes lo mismo que el monedero o que las gafas, y al mercado y al cine, y a los funerales como si fuera un pañuelo, como los de doña Magdalena tan bien planchados y metido en la manga, así, para que no se le olvidase.

Ella entonces, Rosarito, nos contaba, trataba de animarla con “pues porque cada uno ha de cargar con su cruz” *aunque si queréis que os sea absolutamente sincera* — no le importaba confesarlo — *lo que me parece que tenía que haberle dicho era aquello de...* “bueno, ¿y qué querías si los Menéndez se marcharon a vivir a Murcia y nos quedamos sin una Piluca que llevarnos a la boca; eh?”.

—Pero, pequeña — doña Telma, tan amante siempre de la concisión y atenta hasta extremos obsesivos de, a menos que fuera de todo

Transgresiones de la sensibilidad

Las manos que se había lavado

punto ineludible, procurar y *os lo ruego encarecidamente, por favor, que os centréis o me terminaréis destrozando los nervios* no dispersarse —, y contéstame con un escueto *sí o no*: ¿Se había lamentado ella de tener que hacerse cargo de los tres chiquillos?

Porque, de no ser así — doña Telma se puso de pie, y caminó con paso lento hasta la ventana, y bajó de un solo tirón la persiana —, de no ser así “tu respuesta, Rosarito, a mí me parece que ha estado muy, pero que muy... — mas, como notase que la penumbra era un poco excesiva, la volvió a subir, esta vez despacito, cosa de cómo más o menos una cuarta — acertada” pero, en el caso contrario...

Pero como la persiana se bajaba poco a poco, ella sola y sin aparente motivo, doña Telma probó primero con dos de los tomos más gruesos de la enciclopedia y luego con tres y hasta con cuatro hasta que, aburrída, sacó uno de los cajones de su mesa y... “¡persiana de los demonios!” y que mirase, le dijo, y que no la mareara porque estaba ella “hoy que no sé qué me pasa”.

Y sentándose un poco más tranquila que tiempo al tiempo; que no había necesidad alguna de precipitarse, ni motivos para desesperar. Y que ya veríamos como en la temporada estival, cuando vinieran los veraneantes, no nos faltaría “una” Menéndez, o Espinosa o Astudillo, que llenara el inmenso vacío que había dejado en nuestros corazones la de Molina cuando, después de tanto contemplarla y darle todo tipo de facilidades y proporcionarle lujos poco menos que asiáticos como era la muy condenada tan sumamente raspa, se descolgó con que lo sentía mucho pero que ella, de ser algo, sería Custodia porque “estoy hasta el mismísimo pico de la boina”, dijo, de ser siempre la que tenía que cargar con el mochuelo de ser la más protestona y la más irascible y la que más largaba.